

La reunión

No sé con exactitud qué cantidad de tiempo me perdí en el nítido reflejo de la ventana, el rayo del sol golpeando estrepitosamente con la fina cortina, me generaba un sentimiento hermoso que conducía a desconectarme.

Sentí cómo el chasqueo de los dedos me regresaba a la realidad, cómo quien respira violentamente luego de sumergirse en el agua hasta quedarse sin aire. Me incorporé a la reunión, sin la necesidad de disculparme por mi ausencia.

Aquella congregación era una de las tantas que ya habíamos tenido bajo el mismo objetivo, que, por alguna razón, jamás se concreta. Si bien una parte de mí ya se siente aburrida de la inminente repetición de secuencias que me regala la escena, quiero participar, ya que la otra parte de mí sabe que es necesario concurrir para generar la tan ansiada transformación que nos llevará a una clara mejoría. Susurro hacia mí: “Nada permanece” para auto convencerme que es necesario asistir, porque la vida no es estática.

Oigo a las mismas jóvenes discutir una y otra vez... Los mismos argumentos, las mismas caras, las mismas acciones de evasión, el mismo llanto. Trato de encontrar mentalmente cual puede ser la salida de éste caos para romper el esquema repetitivo, pero es justamente ahí cuando comienza nuevamente.

Hablan de dinero, de amor, de ciencia, de arte, de educación, de trabajo, comparan éste lugar con otros similares, siguen discutiendo sobre planes a futuro y muchas veces hablan sobre el pasado; Despertando el dolor de aquella persona refugiada en una esquina. Ese dolor que todas sabemos que se origina de aquella herida abierta, que todavía no sabe cómo sanar.

Nos lamentamos silenciosamente, nos callamos. En ese segundo de calma, tácitamente queda claro que queremos lo mismo: Queremos la paz, el bienestar, la prosperidad... Somos conscientes de lo que somos y lo que merecemos. Nos vuelve a calar la sensación que depende de nosotras concretar el cambio. Es ahí donde nos amamos, nos abrazamos y mirándonos a los ojos nos perdonamos.

La decisión unánime de un intervalo nos regala un descanso, salir al jardín y tomar aire. La luz del sol me permite admirar a cada una de las participantes y pienso que me fascina la capacidad que tienen de mantenerse fiel a sus convicciones, todas ellas; Me inunda de esperanza pensar que el consenso traerá renombre y éxitos inmensurables.

La brisa acaricia suavemente mi cara haciendo bailar levemente mi cabello, un pequeño acto que me lleva a revivir momentos previos a ser parte de éstas reuniones.

Para ese entonces, las preocupaciones eran otras. Quizás más graves, quizás más insignificantes... ¿Quién está apto para juzgar la dificultad de aquello que nos quita el sueño? Pienso que en esa especie de ignorancia era más feliz, pero separada de la causa que debería ser el impulso motor de la que creo: es la felicidad verdadera.

Por contraste, me sitúo en el presente. En esa brisa que ya no está, pero que me hace respirar con más soltura. Noto el cambio que me generó el ser parte de éstas reuniones. Cómo me impulsó a conocer más y a cuestionar los argumentos de las demás jóvenes, nadie puede negar que, aunque sea difícil: La transformación es inminente.

Sentada toco el pasto con mis manos, me paro estirando los músculos de mis piernas y lentamente comienzo a caminar hacia la entrada. Pongo agua a calentar en el fuego, mientras me veo en el reflejo de la ventana comienzo a pensar que difícil son las reuniones con uno mismo que el aislamiento nos hace vivir. Me imagino lo complicado que debe ser las demás reuniones que se están llevando a cabo ahora mismo, la manera en que las atravesamos sin hablar de ello... como si no existieran.

Me pierdo en el reflejo, chasqueo los dedos, me incorporo a la reunión nuevamente... Me repito hacia adentro: "Nada permanece".

Nahir Jasmin Icare

Estudiante de Lic. en Administración

Sede Andina UNRN

Octubre 2020